

La Libertad del Diablo (2017).

Por Manuel Palacios

Dirección: Everardo Gonzáles



‘Es mejor tener un muerto que a alguien desaparecido’, es una de las frases que se queda en la mente de los espectadores que ven *La Libertad del Diablo* (2017), documental del director mexicano Everardo González que muestra, a través de relatos, las distintas caras que tiene el crimen organizado en nuestro país.

Noticias de televisión en las que se informa el hallazgo de una fosa clandestina con osamentas, un video en *Twitter* en el que se ven las atrocidades que son capaces de hacer los miembros de las organizaciones delictivas a sus víctimas o bien, cifras de

homicidios dolosos que presentan las autoridades, mismas que son sinónimo de lágrimas de familias y plomo de gatilleros, es algo que los medios de comunicación han mostrado a lo largo de los años. La frecuencia con la que ocurren estos sucesos ha provocado que individuos de todas las edades se encuentren expuestos a recibir dicha información.

Varias generaciones de mexicanos han crecido con la idea firme de que ‘el que no tranza, no avanza’ y que el pasar por encima de los demás es la única manera para salir adelante, tal vez esta sea la razón por la que la violencia en México se vea como algo normal e incluso se puede decir que existe una cultura que, en sus cimientos, tiene el dolor de personas que han vivido en carne propia terribles hechos.

El crimen organizado también tiene historias de ‘héroes’ que han desafiado al sistema y que vencieron las precariedades. Estas figuras incluso han sido conceptualizadas en leyendas, canciones, en mediáticos juicios y, actualmente, en series que se pueden ver a través de *Netflix* u alguna otra plataforma de *streaming*; han convertido a los narcotraficantes en íconos eufemístico de su legado.

La violencia es algo que se puede vender de diferentes maneras y eso lo sabe Hollywood a la perfección, pero en México la cosa es diferente, pues aquí, en este territorio, la realidad supera a cualquier ficción. A pesar de estar rodeados de historias de capos, drogas y ejecuciones, pocas veces estas se muestran en la pantalla grande con veracidad y casi en nulas ocasiones, se confronta a la eterna apatía de la audiencia.

Los carteles de droga, la venta y distribución de estupefacientes y el estilo de vida de las personas que están dentro de este negocio han sido la trama principal de diferentes películas, pero en *La Libertad del Diablo* esto pasa a segundo término. El tema principal es algo que nos identifica como especie y que muchas veces pasa desapercibido: la humanidad. Sí, esa humanidad que nos conmueve ante el llanto de un bebé o que nos hace estar nerviosos frente a una persona especial; la humanidad que tienen víctimas y victimarios.

¿Qué pasa por la mente de un sicario cuando mata a una familia completa? ¿Qué esperanzas tienen un par de hijas que buscan a su madre? ¿Hasta dónde llegaría un sujeto para encontrar a su hermano que sufrió un levantón? ¿Qué orilla a un menor de edad a cometer su primer asesinato? ¿Qué piensa un militar de las organizaciones de seguridad tan vulnerables a ser corrompidas? ¿Qué retumba en el corazón de una mamá que llora por la ausencia de sus hijos? Son preguntas que no solamente se plan-

• ***La Libertad del Diablo* (2017)**

tean y se responden en *La Libertad del Diablo*, sino que también pueden generar incomodidad al espectador, pues cada entrevistado habla directamente a la cámara, como si vieran fijamente hacia los ojos de la persona que se encuentra del otro lado de la pantalla.

Una máscara de tela flexible, que se moja con lágrimas, es el conector que homologa cada uno de los relatos y, además de servir para proteger la identidad de los protagonistas, también es un impulso para imaginar que tu vecino, la persona que se subió al autobús que tomas a diario o los hombres que viajan en la camioneta que pasa frente a ti, pueden ser víctimas o victimarios de la libertad que tiene el diablo en nuestro país.

Imagen 5. Fotograma de la película.



Fuente. *La libertad del diablo*, crítica, en *De PREMIERE*.

Las palabras de los sicarios, los policías y exmilitares provocan que se aparte la mirada y que al mismo tiempo se reflexione sobre las realidades que se viven dentro de las instituciones que, en teoría, están para proteger y salvaguardar a los ciudadanos, aunque en la práctica sea totalmente diferente.

Cada persona es un mundo, pero algunos son oscuros, plagados de telarañas y eventos que la mayoría de personas, dentro de su zona de confort, prefieren no ver aunque conocen lo que sucede dentro de ellos. *La Libertad del Diablo* es un clavado a estos mundos.

¿Qué harías si un familiar tuyo es secuestrado por el crimen organizado? ¿Qué serías capaz de hacer si estuviera frente a ti al captor de tu ser querido? Tales cuestionamientos pasan por la cabeza de quienes ven *La Libertad del Diablo*, ya que después de escuchar que los sicarios tampoco quieren estar en donde están, pero si no cumplen con su trabajo, con la orden del "patrón", serán otro cadáver; que los policías prefieren hacer justicia con su propia mano, pues saben que si liberan al que atraparon, pueden ir tras ellos, que los exmilitares aseguran que el Ejército es un asco, indudablemente se piensa en la frase "es mejor tener un muerto que a alguien desaparecido porque el muerto sabes en dónde está y tu dolor disminuye con el paso de los días... pero el desaparecido... el paso de los días solo incrementa el dolor".

Imagen 2. Fotograma de la película.



Fuente. La libertad del diablo, crítica, *De PREMIERE*.

La libertad que tiene el diablo en nuestro país hace que no se tenga otra opción más que elegir entre tener un muerto o un desaparecido.

El documental invita a la reflexión, a la introspección de cómo actuamos ante situaciones que parecen irreales, que parecen ser de otro México pero que al mismo tiempo pueden pasar al lado de la tienda de la esquina, a pensar cuánta es la libertad del diablo y con qué facilidad puede moverse en nuestro país.